

En Roman, Maximiliano y Guglielmi, Flavio, *Prácticas sociales y filosofía : una relación impensable*. Resistencia (Argentina): Ananga Ranga.

La exclusión material e ideológica como formas de opresión contemporáneas.

Roman, Maximiliano.

Cita:

Roman, Maximiliano (2007). *La exclusión material e ideológica como formas de opresión contemporáneas*. En Roman, Maximiliano y Guglielmi, Flavio *Prácticas sociales y filosofía : una relación impensable*. Resistencia (Argentina): Ananga Ranga.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/maximiliano.roman/42>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/prH0/VdW>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

*La exclusión material y la exclusión ideológica como formas de opresión**

Maximiliano Román**

En la actualidad el sistema capitalista parece haber llegado a un extremo impensado de degradación de la condición humana. Sus efectos son padecidos por la mayor parte de nuestra sociedad en su experiencia cotidiana: explotación, hambre, miseria, desocupación. Sin embargo, avanzar de los efectos a las posibles causas, requiere un tiempo y un lugar para la profundización teórica que complemente las acciones de resistencia al capitalismo. ¿Cómo es posible la preservación y expansión de este régimen? ¿Cuáles son los mecanismos que utiliza para hacerlo? Ante preguntas como estas es que, creemos, cabe hacer filosofía: con la realidad como materia prima y la tradición en tanto nos impulse a recorrer los senderos del hombre común y de sus luchas, sin dudar en re-pensar las verdades ya pensadas en cuanto constituyan un obstáculo para alcanzar nuestro objetivo.

Con estas intenciones, haremos uso de algunas categorías de análisis elaboradas por dos pensadores alemanes del siglo XIX, Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Nietzsche (1844-1900), para reflexionar acerca de los mecanismos que utiliza el capitalismo en su proceso de autopreservación y expansión global; proceso que se profundiza sin importar la variación de las condiciones económicas, sociales o políticas en las que se aplique.

Proponemos, como una de las piezas centrales para comprender este sistema, el concepto de *exclusión*, entendido no únicamente como consecuencia o efecto del capitalismo, sino también (y principalmente) como un mecanismo utilizado por las clases dominantes para mantener y reproducir la opresión sobre las clases sometidas. La incidencia de este fenómeno, por lo tanto, no se reduce al ámbito económico (expulsión del circuito productivo); más bien, se distingue tanto por la diversidad de motivos que la producen y legitiman, como por el alcance de sus consecuencias. En nuestro caso, analizaremos dos *ámbitos* en los cuales el concepto de exclusión nos permite pensar el funcionamiento del capitalismo: el ámbito material o laboral y el ámbito ideológico o cultural.

Marx: la exclusión como alienación

Karl Marx concibe al hombre como un ser eminentemente productivo, que realiza su condición humana mediante el establecimiento de relaciones sociales y de producción. A partir de estas relaciones se articulan las restantes esferas de su existencia. Los modos concretos según los cuales se organizan los hombres para la producción constituyen la base de las maneras y motivos que corresponden al plano “espiritual”: concepciones políticas, ideas sociales, códigos morales, expresiones estéticas, y demás formas de idiosincrasia. Es decir, para Marx lo material determina lo ideológico: “La realidad es origen de cualquier idea”.¹

En el modo de producción capitalista, sostiene este autor, algunos hombres se ven obligados a vender su fuerza de trabajo (es decir, lo que los hace ser hombres) a otros hombres que son dueños de los medios de producción (maquinaria, infraestructura,

* El presente trabajo se basa en un escrito elaborado en conjunto con Gabriel Torres. Agradezco su disposición a permitirme ampliar algunas de las reflexiones ya vislumbradas en ese trabajo conjunto.

** Estudiante de Licenciatura y Profesorado en Filosofía de la U.N.NE.

¹ Marx, Karl. *La Ideología Alemana*. Trad. Carlos Nazar. Need, Buenos Aires, 1999. p. 30. Cabe destacar que esta determinación tajante será revisada por Marx en obras posteriores.

fábricas, etc.). El primer grupo conforma la *clase obrera o proletaria*, mientras que aquellos que se apropian de la fuerza de producción de éstos constituyen la *clase capitalista o burguesa*.

La necesidad de los proletarios de vender su “esencia” como medio de subsistencia hace que se vuelvan extraños para sí mismos, porque no cumplen su fin como hombres (*fin genérico*): trabajar libre y espontáneamente, y porque no son dueños del producto de su trabajo. Ambos, producción y objeto de la producción, se convierten en medios para el sometimiento del proletario. Estos son algunos de los aspectos del fenómeno que Marx denomina *alienación*: “La alienación del obrero en su producto significa no sólo que el trabajo de éste se convierte en un objeto, en una existencia *exterior*, sino además que su trabajo existe al *margen* de él, extraño a él”.²

A pesar del materialismo presente en el pensamiento de Marx, las ideas también desempeñan un rol importante en relación con las acciones concretas y cotidianas de los hombres. La burguesía, estableciéndose como *clase dominante* por ser dueña de los medios de producción, dictamina cuáles son las ideas (políticas, jurídicas, morales, religiosas, etc.) que deben regir en las acciones y conductas diarias; es decir, la burguesía determina cuál es la ideología imperante en la sociedad. al infundirle las ideas propias de la clase dominante, se inculca en la clase proletaria una *falsa conciencia* que legitima la dominación. Sin embargo, en su obra *El Capital*, Marx entiende el concepto de *ideología* no como un producto terminado y planeado desde una determinada clase que ostenta el control sobre el resto. En este caso, la ideología es más bien concebida como la necesaria extensión de las relaciones materiales al plano espiritual sin intervención de sujetos (*ideólogos*) encargados de sistematizar y generalizar las ideas del estrato social dominante.³

En la actualidad, la demanda de fuerza de producción se ha reducido debido a varios factores que en su conjunto caracterizan la fase del capitalismo denominada *tardía o neoliberal*. En primer lugar, el acelerado avance tecnológico de la última mitad del siglo XX representó para la clase burguesa una chance de reducir significativamente los costos de producción; se reemplazó la mano de obra asalariada por maquinarias y demás tecnologías productivas. Paralelamente a este fenómeno, se produjo en los países del tercer mundo una marcada desarticulación del espacio público en pos del crecimiento del sector privado. Esto significó la reducción cuantitativa de las prácticas laborales colectivas y el aumento de la individualización en dichos ámbitos. Así lo expresa el sociólogo argentino Juan Villarreal: “En las décadas de los 70 y 80 en el Cono Sur y en gran parte de América Latina, se generó un proceso de verdadera *centrifugación* social de la población popular (...) desconcentrando grandes fábricas, sindicatos, instituciones colectivas de gran dimensión y con potencialidad política de masas (hospitales, escuelas, prisiones, cuarteles, ministerios y oficinas)”.⁴

Ambos fenómenos traen aparejadas, entre otras consecuencias, el aumento del desempleo. Al ser menor la mano de obra requerida en el mercado laboral, el número de individuos desocupados aumenta, incrementándose así la proporción de sujetos expulsados del circuito productivo. A partir de esta continua segregación productiva cobra importancia un actor social, el *lumpenproletariado*⁵, que Marx no consideró capaz

² Marx, Karl. *Manuscritos de 1844*. Trad Hugo Acevedo. Arandú, Buenos Aires, 1968. p. 110.

³ El rol de los ideólogos era destacado por Marx en su temprana obra *La ideología alemana*.

⁴ Villarreal, Juan *La exclusión social*. Norma, Bs As, 1996. p. 45.

⁵ Con este término, Marx se refería a los individuos desclasados que se encuentran por debajo de la clase proletaria: “El lumpenproletariado, ese producto pasivo de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus

de participar activamente en la lucha por un cambio de las estructuras socio-políticas. La expansión de esta “subclase” significa una ruptura con respecto a las anteriores dinámicas sociales y por ello implica una reconsideración crítica de las categorías de análisis marxistas.

La venta de la fuerza de producción impedía al trabajador el libre ejercicio de su actividad y el goce de su producto. Pero éste, por contar con una remuneración económica, aún era capaz de satisfacer mínimamente (en condiciones nada aceptables, por cierto) otras necesidades (alimentación, vivienda y, en algunos casos, salud y educación). En la actualidad, encambio, el sujeto excluido del sistema capitalista tardío no cuenta ni siquiera con la oportunidad de someterse, como mercancía, a la explotación del burgués. Por esto, entendemos que la alienación a la que Marx hizo referencia puede hoy ser comprendida como una exclusión en estado incipiente, aún no desarrollada por completo, dado que el proletario era excluido de la propiedad de su producto y su trabajo, pero aún permanecía dentro del circuito de producción.

El individuo excluido se caracteriza por padecer la completa falta de las condiciones que hacen al cumplimiento de las funciones básicas de una persona. Es decir, no sólo deja de pertenecer a lo que Marx denominaba “ser genérico”, sino que incluso se encuentra imposibilitado de satisfacer necesidades biológicas fundamentales, comunes a cualquier animal. No contar siquiera con la posibilidad de intercambiar su “esencia” por mercancías y así integrarse a la clase productora (lo que implicaría ingresar al grupo de sujetos explotados, pero insertos aún en el circuito productivo) significa no poder acceder a una educación básica (tanto al sistema educativo como a cualquier otro acceso al saber) no poder garantizarse un nivel de salud, ni tampoco disponer de una vivienda digna o hacer valer sus derechos civiles y políticos. Es decir, el excluido se encuentra expuesto al desamparo absoluto, tal como afirma Villarreal: “El capitalismo clásico – expresado en las ideas liberales de Petty, Smith y Ricardo– presentaba un estilo de producción tendencialmente *homogeneizado* en el que el ‘pobre’ de su tiempo, el trabajador asalariado, era poseedor de alguna mercancía definitiva (...) el ‘pobre de nuestro tiempo’ se caracteriza por no poseer cosa alguna”.⁶

Nietzsche: la exclusión ideológica

Trasladándonos al ámbito de la moral y del conocimiento, es decir, el plano ideológico de la sociedad, proseguiremos el análisis de la problemática de la exclusión centrando la atención en el perfil filosófico de una figura clave del capitalismo, el burgués. Para esto tomaremos elementos teóricos de la obra de Friedrich Nietzsche.

Uno de los ejes de su pensamiento es el problema de la verdad y el intento por definir el auténtico rol que cumple el intelecto dentro de la naturaleza. Nietzsche no concibe a la verdad de la misma forma en que lo hace cotidianamente el hombre: como un saber cierto, inmutable, eterno y objetivo; un reflejo de las cosas mismas. Por el contrario, según este autor, la verdad es una determinada forma de interpretar la realidad, que surge a partir de una particular perspectiva. Y más aún, la verdad es una estrategia que el hombre utiliza para sobrevivir. Al encontrarse en el mundo despojado de los medios naturales de supervivencia con que cuentan otros animales, el hombre elabora elementos artificiales que le permiten suplir esta desventaja. El conjunto de estos elementos conforma su cultura.⁷

condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras”. Marx, K. y Engels, F. *Manifiesto del Partido Comunista y otros escritos*. CS, Buenos Aires, 1999. p. 42.

⁶ *Ibíd.* p. 61.

⁷ Cfr. Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Tecnos, Madrid.

La constante lucha que se lleva a cabo en la naturaleza entre los distintos animales por sobrevivir imponiéndose unos a otros, se refleja en el interior de sus seres. La lucha de impulsos biológicos que operan en el animal que es el hombre da origen al amplio y refinado espectro de expresiones culturales con que suele vanagloriarse de una supuesta superioridad. Toda cultura, afirma Nietzsche, no es más que la configuración resultante del enfrentamiento de instintos básicos. La conciencia de cada individuo no es más que la regulación y organización de las fuerzas básicas en permanente conflicto que constituyen su cuerpo, de acuerdo a la determinación del impulso que supere (provisoriamente) esta tensión: “El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un *único* sentido. (...) Instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, a la que llamas “espíritu”, un pequeño instrumento y un pequeño juguete de tu gran razón”.⁸

También en la sociedad, un “cuerpo social” para Nietzsche, existe una red de fuerzas en continuo y fértil enfrentamiento, con el objetivo de alcanzar un grado de poder, dominando a las demás fuerzas. Este dominio se realiza cuando una fuerza en particular logra establecer un orden resultante expresando su propia visión de las cosas, es decir, interpretando la realidad e imponiendo esa visión por sobre las otras. De modo tal que todo lo que el hombre hace, piensa y dice adquiere sentido en tanto coincide o no contradice la perspectiva del orden vigente.

A partir del momento en que una particular disposición social o un tipo de saber, ansiando mantener un determinado orden, oculta su condición de mera interpretación de la realidad para impedir así la posibilidad de ser reemplazado por otro, comienza lo que Nietzsche denomina “conservación de las fuerzas”. Intentar reaccionar ante impulsos opuestos conservándose, perdurando en el tiempo, no puede sino conducir al detenimiento del natural devenir de interpretaciones, del perpetuo y fecundo cambio de valores, de la vida, en fin.

Nietzsche visualiza esta dinámica en varios períodos de la historia del pensamiento. Uno de ellos es el *giro religioso* que se realiza en Occidente desde finales de la Antigüedad. Este constituye el momento en el cual, a partir de la continuación de la moral socrática por la Patrística cristiana y gracias a la herencia del pueblo judío, se imponen los valores de humildad, atención al prójimo, “espíritu de rebaño”, compasión y condena a la carne, característicos de la doctrina católica. Se inicia así una afrenta contra el desarrollo de un sano egoísmo (realización individual) y contra el gobierno armónico de los instintos vitales, al negarlos constantemente por constituir algo “pecaminoso”. Los nuevos valores cristianos se establecen como los únicos válidos, puesto que son determinados por los sacerdotes de acuerdo a la “voluntad divina”, y son mantenidos gracias a un artificial *orden moral del mundo* por el cual la obediencia es recompensada y la falta (pecado) es castigada.

A este período le sigue el *giro modernista*, que representa la concreción de los ideales del Iluminismo en el campo político, a partir de la Revolución Francesa de 1789. El desarrollo del racionalismo hizo posible entronizar la conciencia como eje de todo conocimiento y acción, dando lugar a las creencias de libertad del individuo –un Yo autónomo– y la consecuente igualdad entre sujetos –asimilable a la aspiración niveladora de fuerzas sociales de la moral cristiana antes mencionada–.⁹ Con el ascenso

⁸ Nietzsche, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza, Madrid, 1980. p. 60.

⁹ Si bien la idea de Igualdad de todos los hombres se enfrentaba al estatismo social del feudalismo medieval, aquella concepción era tanto una reivindicación del Humanismo como una necesidad concreta de la burguesía por contar con sujetos capaces de participar libremente en el mercado y disponer así de mano de obra efectiva.

de la conciencia, es otra vez el cuerpo quien se ve oprimido y rechazado en esta interpretación de la realidad. Por su parte, la otra gran vertiente del pensamiento moderno, la corriente empirista, idolatrando el saber observable y experimental sostuvo a la ciencia como el único conocimiento válido. Dicho saber significó, en su aplicación práctica, el progreso técnico que la burguesía necesitaba. Se comprueba así que los ideales que signaron la modernidad estuvieron proyectados por un actor social emergente: la clase burguesa.

Tanto los ideales básicos de esta época (Libertad, Igualdad, Progreso), como su saber característico (el conocimiento científico), constituyen para Nietzsche una continuación de los valores y saberes de períodos previos (fe, Dios, religión). Ambos expresan la victoria de una misma interpretación, cuyos aspectos pueden ser diversos, pero siempre con un mismo afán: la nivelación de fuerzas, la anulación de lo distinto, la opresión de todo cambio, la conservación de sí misma y por consiguiente, la reducción del potencial creador de los seres humanos.

La interpretación sostenida por la clase burguesa, que surge a partir de la instauración del modo de producción capitalista, se caracteriza por una constante *exclusión ideológica* que le permite constituirse como dominante. Tal exclusión se concreta en la oposición al cambio, a la sucesión y diversidad de visiones, en la negación de toda otra interpretación alternativa a la imperante. De esta manera, cuando la lucha de interpretaciones se lleva a cabo, la perspectiva que resulta victoriosa es la visión de la realidad propia de Occidente, que se caracteriza por autoproclamarse como la única visión posible y válida. La ideología de la Modernidad, el pensamiento burgués, niega así su origen de interpretación. El modo de producción capitalista construye su sostén en el plano ideológico al desplegarse en las distintas expresiones culturales (religión, ética, saberes), con mínimas diferencias, un mismo pensamiento único: la negación de lo diferente, el rechazo al cambio.

La exclusión en el capitalismo tardío

Tanto Nietzsche como Marx realizan un análisis histórico que culmina en las condiciones de la sociedad capitalista del siglo XIX, en la cual, podríamos decir, vislumbran un afán de perpetuación que se hace posible gracias a mecanismos de exclusión que operan bajo formas diversas. El desarrollo exponencial que experimentaron dichos mecanismos en las actuales condiciones del capitalismo, pone en evidencia su objetivo: perpetuar la opresión de las clases dominantes sobre las clases dominadas.

Partiendo de las teorías de Marx se pudo comprender el funcionamiento de la exclusión en su dimensión material, en el ámbito laboral, y sus efectos en el hombre: la alienación en el capitalismo del siglo XIX, el volverse extraño a sí mismo del trabajador y, ya en su fase tardía, su expansión a todos los ámbitos de la vida. Desde otra perspectiva, tomando el aporte de Nietzsche, se pudo reconocer el correlato ideológico de la exclusión en la imposición de un pensamiento único y en el consecuente rechazo de toda posible interpretación diferente.

Por lo tanto, podemos pensar que la estrategia adaptativa que el capitalismo adopta para perpetuarse consiste, más allá de lo variable de las condiciones circunstanciales, en hacer imposible su cuestionamiento, concibiéndose así como el único orden social posible. Para ello, los planos yuxtapuestos de lo material y lo ideológico se aglutinan en función del objetivo de autoconservación del capitalismo.

Desde el plano ideológico, la preservación del pensamiento único puede ser concebida, en el capitalismo, de dos formas distintas pero complementarias. Por un

lado, al impedir el acceso al saber a las clases oprimidas. Por otro lado, dentro del circuito de circulación de saberes y demás prácticas discursivas, el pensamiento único se impone ocultando su carácter de interpretación y evitando así ser reemplazado por otra alternativa.

Desde el plano material, la definitiva expulsión del circuito productivo impide a la población excluida adquirir un grado de participación activa dentro de la sociedad, es decir, que dificulta una confrontación directa en la lucha de clases. El último vínculo que relaciona al excluido con la sociedad, el cual no puede entenderse de la misma manera que el vínculo que unía al proletario con su sociedad, es subsistir sobre la base de los efectos residuales de la incesante producción capitalista. Es decir que los excluidos se encuentran sin otra opción más que consumir “sobrantes” de la sociedad para mantenerse. Y a la vez, reducidos a elementos funcionales del sistema, son representados como una amenaza constante de posible (y temible) destino a seguir por las clases que aún se mantienen dentro del circuito productivo.

Considerando ambas perspectivas teóricas, se comprueba que tanto en lo material como en lo ideológico, la exclusión juega un papel fundamental en la autoconservación del régimen capitalista. Esto explica por qué, durante el siglo XX, ambos elementos (exclusión y capitalismo) experimentan una vertiginosa expansión simultánea.

Ahora bien, si la exclusión no es un efecto secundario del sistema capitalista, sino que constituye una pieza central en su funcionamiento, se invalida la posibilidad de pretender la “inclusión” de los excluidos. Los excluidos son seres humanos oprimidos que no dejarán de serlo por ingresar al circuito productivo (en el cual, según vimos, también se genera exclusión). La exclusión es, en definitiva, una forma de opresión como otras tantas utilizadas por las clases dominantes. La “inclusión” podría aparentar una reducción del “grado” de exclusión, pero ésta seguiría presente en tanto siga presente el régimen capitalista. La lucha contra la exclusión, por lo tanto, se enmarca en una lucha mayor: la lucha de clases en contra del capitalismo y la construcción de una sociedad nueva, sin excluidos, sin oprimidos.